

tiempo que el cristianismo, pero nosotros no somos ni podemos ser ya paganos ni cristianos. Necesitamos construir otro templo a la nueva dignidad, en que se nos revelará un día, quién sabe cómo, el ideal trascendente: es decir, la noción de inmortalidad que reside en nuestro espíritu, manifestándose como bondad, verdad y belleza.

¡Belleza! He aquí el signo histórico de nuestra raza: la greco-romana, a la cual pertenecemos por la latinidad. Raza de belleza es lo que somos. Camino de belleza es el que tomamos para alcanzar la justicia y la bondad. Satisfacción estética lo que buscamos en la verdad misma.

Y belleza era ante todo la catedral asesinada.

Bien que me la represento en aquellos serenos días de 1912, cuando vinimos aquí para verla, en peregrinación gótica, por decirlo así, con la inseparable, que traía como una de aquellas lámparas ruskinianas de su predilección la genuina claridad del alma compañera. Llegábamos justamente a la hora de llegar, que es la tarde. La catedral se alzaba en la gloria del sol poniente y hacia ella volvían ya las palomas.

A pesar de su importancia industrial, demográfica y política, Reims era la catedral. Así, templo y ciudad han muerto juntos. Conocida es la estadística, que sólo recuerdo para precisar la destrucción: al firmarse el armisticio, de 14,000 casas que formaban la planta urbana había 60 habitables. Durante cuatro años las escuelas habían funcionado en sótanos sacudidos por los bombardeos. Tres años después de cesar las hostilidades, y a pesar de la continua reconstrucción, no hay más que escombros. El revuelto suelo cretáceo lo amortaja todo con su polvareda blanca. Parece como si acabara de pasar la maldición bíblica que asoló la Pentápolis del Mar Muerto, echando sobre las ruinas funestas la ceniza de Jehová. Pero no. La furia del bárbaro superó a la cólera de los númenes de odio. Y vuelve a la memoria la tan recordada cita de Heine, que sabía a que atenerse: «un día u otro, el ardor guerrero del germano se despertará y destruirá las catedrales góticas».

Reims, como París, era una cosa esencialmente francesa. Desde el famoso milagro de la ampolla de óleo, que el Espíritu Santo trajo para ungir a los reyes, la historia de Francia es una misma con la historia de la catedral. Nada extraño, pues, que la destrucción del templo augusto, como la de París, contara o cuadrara bien, si fué ocurrencia posterior, en el plan de aniquilamiento. El templo y la ciudad, pues, eran, repito, una entidad com-

pleta. Así se tiraba realmente al alma de la Nación aborrecida.

Precisamente, al declararse la guerra, tocaban a su fin los trabajos de reparación, que habían durado 30 años.

En 1912, cuando visité la catedral, cubría gran parte del edificio una inmensa andamiada: catre protector del formidable bosque de piedra. Al pie de las murallas notábase mucha escultura caída o bajada de cornisas y edículos, en espera de restauración, y que mucho me sirvió para estudiar la zoología y la botánica decorativas de los artistas medioevales.

Pero nada de escombros había en eso. Era, téngolo escrito ya, como la leña naturalmente desprendida del susodicho bosque gótico, tan opulento, que no disminuía con ello la decoración en forma perceptible; inagotable de flores, frutas, hojas, ramas, troncos, volutas, animales, monstruos, la selva de belleza; mientras por dentro, el ramaje perenne de la piedra seguía tamizando la espléndida luminaria de las alegóricas rosas de cristal caladas en los muros, rumoreado de música por los órganos, abrumado de perfume por el incienso, en un simultáneo esplendor de primavera, estío y otoño que le creaba el arte con luces de colores, profundas melodías y recinas preciosas. La nave alzaba así su oración de piedra que afuera, en el pleno azul de la inmensidad, las torres esparcían orfebrada por los repiques, exaltada por la revibrante vertical de pilares, gables y agujas; mientras bajo cada ojiva el sol de la tarde parecía anidar en oro místicos pajaros cantores. Al modo de una celeste llama, la plegaria, que es el gótico, se iba de punta hacia la inmensidad, como las espadas y las mitras. Ambas torres, en la múltiple alegoría, representaban efectivamente la doble cúspide del tocado episcopal y la flecha central erigíase como una espada ofertoria. Alguna golondrina, revolando en torno, acentuaba el movimiento ascensional de las líneas con ligero vértigo de éxtasis, como un alma, desprendida ya, pero aun oscura de proximidad terrestre.

¡Y ahora!...

Una desapacible mañana en que se exaspera polvoriento el frío anormal de la seca, martiriza los huesos del enorme cadáver. La tablazón defensiva de los trabajos de restaurar sugiere desencajaduras de féretro. Flotan como pellejos de momia desclavadas arpilleras. La vida que se afana en las calles semiobstruidas o torcidas aun, no alcanza a desenterrarse de los escombros. Tal cual árbol que escapó de los bombardeos, tal cual jardinillo rehecho, ceden bajo el agobio sepulcral, lívidos de creta. El olor cadavérico que exhalan las capas profundas de esta substancia, debido probable-

mente a su origen orgánico, sale de las excavaciones como si fuera el propio hedor de la ciudad muerta.

Vaya a Reims y visite la catedral el que quiera saber lo que es la tristeza. El que desee hartarse de desolación, hable con los doloridos viejos de Reims.

He ahí el «maire» anciano en cuyos ojos arde todavía la quemadura de las lágrimas devoradas, en cuyas barbas tiembla aun el espanto de los horrores que debió soportar por todos. Dolientes aun de catástrofe, pero llenos, eso sí, de dignidad, de patriótica confianza, enseñan al amigo de lejanas tierras el inmenso relicario de arte y de historia que constituyen esas ruinas. Representan sin saberlo una trágica curiosidad: son, como aquellos sobrevivientes del siglo v, para quienes era novela recreativa el Apocalipsis, los que vieron la invasión bárbara. Dijérase que permanecen soterrados bajo la horrenda violencia. La tranquilidad sobreviniente con la victoria les ha apagado la mirada y la voz. Y como son del mismo tipo étnico que las estatuas decorativas de la catedral, parecen formar parte del idéntico destrozo. La polvareda de las ruinas que se les pega impónelos una especie de petrificación medioeval. Es como si vinieran de lejos, sobrellevando una fatiga enorme, remotos, atónitos: tristísimos. Traen consigo el silencio, que es ahora el alma de la ciudad. Porque en vano crepita el motor, chifla la válvula de tal cual máquina que reconstruye o fabrica, o graznan las cornetas y baladran las sirenas de automóvil. El silencio de las ruinas lo absorbe todo en su inmensa cavidad. La muerte del sonido no es lo menos trágico en esta ciudad de la muerte.

Un grande anciano de Reims forma, sin embargo, excepción entre aquella vejez meditabunda sobre los negros umbrales: el arzobispo, cardenal de Lucon, que en la residencia donde instala de prestado su sede palaciega, nos recibe tras larga jornada pastoral, de buen grado interrumpida, «para saludar a los amigos de Francia».

Es un tipo notable de esa vitalidad gala, recia y vivaz, que Clemenceau a su vez representa, por decirlo así, del lado «infernial» de «los azules». Nunca he visto 80 años más sólidos en la robusta estructura corporal, más seguros en la firmeza del ancho rostro, que la rasura canónica releva con el pulimento mate de la pálida caliza local, más serenos en la honrada precisión de la palabra, suelta, sin embargo, con abundancia generosa, más claros en la franqueza de los ojos benévolos. Nada menos pulido por la devota jabonadura y la macilenta compunción del seminario. Acto continuo se advierte que está uno en presencia de un hombre.